

TUMBADO EN LA ACERA

POR ANA MARÍA NAVALES

Para llegar a estas palabras fue necesario tener un nombre. Palparse viéndose persona y con la voz ordenar que la sínfisis actue y reconocerse hombre. Yo tenía tomadas muchas notas, aquello de que un poeta sólo podrá expresar su propio espíritu y, en otro lugar de la agenda, la necesidad de leer a Marek Hlasco y, en algún sitio de mi cerebro, había apuntado que lo importante, éso es, lo importante, era captar la esencia del pueblo.

Recogí historias. Quise mirarlo todo y nada era mío. Salí a recorrer mi ciudad, bajé del autobús una mañana como turista sin dinero. Me olvidé o traté de perder la costumbre de decir por favor y gracias como si pasase por la vida como un ruego. A falta de otra moneda llené mis bolsillos de semillas. Podía dar de comer a las palomas junto al río. Era la primera y quizá única diversión de mis infantiles tardes de domingo. Volví al tiempo del chapaleo en el pajonal, pura cellisca tras la que uno podía regresar a casa a oír el grito por haberse empapado el mejor de sus trajes. Uno se comía murmurando las ganas de ser hombre, qué cosa, y no veía llegar la hora de presentar su ramo de ligustre a la primera novia que le cayera en el budare.

En el autobús —hubo un momento en que confundía la guagua y la jimagua, como sucede con lo que a uno no le pertenece—, en el autobús, omnibús, o lo que fuese, miembros de familias sudorosas y apáticas habían quedado con los ojos fijos en una página del periódico, en lo de que sí señor, no hay absolutamente ningún problema, el secretario general del club dice que el fenómeno podrá jugar formando parte de la selección nacional. Pero yo había podido leer entre gol y futuro gol aquello de los “hermanos Soledad” y lo de Johanatan Peter Jackson que murió el 7 de abril de 1970, bien es verdad que ese mismo día murieron muchos otros que no se llamaban así. O tal vez más de un Johanatan y más de un Peter y más de un Jackson, pero ni uno más con las tres palabras reunidas, aunque también se pudo escribir George, un rebelde integral dicen. Lo difícil que tiene que ser éso, se me ocurre, frente a la esta-

tua sin sol con la yedra subiéndole hasta las mismas patas del animal que no es un caballo. Tengo que volver a pasar por ahí, puede que sea un león o un tigre, debe de ser cualquier clase de fiera. ¿Cuándo podremos terminar con las palabras? Sin embargo, por las mochetas del mundo, alguien marcará con los labios su paso y rellenará el cerebro con el fruto de ceiba hasta que le boten las ideas de cómodas y blandas sin temores. Y me digo que nada vale con la gente bayunca que van a preguntarse ¿y éso qué es? o si saben de qué va, ajá se dicen, con un poco de tiempo yo lo mismo.

Uno se cansa de que le señalen en lucha con el medio, que siempre se quedan cortos y la lucha es con el final. Lástima que uno al bajar del cacharro este que cada mañana le lleva a la oficina no se encuentre con la misma muchacha bella, de ojos o labios de fruta o de orejas periformes, no las orejas no, con la bella muchacha de la que se puede enamorar en silencio para que nadie, ni ella misma, estorbe el sueño. La bella muchacha de todas las mañanas en el exacto momento de comprar el paquete de tabaco y hacerse el remolón y como el distraído esperando las pesetas de vuelta. Esas pesetas para aquellos niños que crecen entre brumas marinas, sacan al diablo en procesión y se burlan de mingorri que con su larga lengua, fruto de majuelo, no saborea los gomasku hechos de agua, azúcar, quizá vinagre, la nota agria en el dulce menudito sobre papel de estraza, que tal vez conservan o se ha perdido en las olas del puerto del bien vivir y el chewing-gum con el que fabrican sus pequeños globos, estallados a punta de diente ante las narices de las agitadísimas personas mayores.

Voy a reunir para cuando vuelvas cuatro o cinco gaiteros, otras tantas dulzainas, para acompañar la canción de bienvenida. Pero no me digas más, me oyer, que soy un demente genial. Para negártelo, voy caminando por entre los bares de las calles de mi ciudad que desembocan en otros bares, en lugar de detenerme en los parasoles de los ancianos, apoyados junto a las tapias de los edificios derruidos o colocados simétricamente en los bancos de la plaza que usufructúan con los niños. Hay una hora a la salida de la escuela que nunca tropieza con la hora de la jubilación. La vela de los juegos infantiles se enciende cuando se apaga la de los ancianos que regresan a sus casi-hogares después de la historia revivida o la partida de cartas alargada hasta la primera sombra. La vela de los ancianos se va consumiendo mientras regresan a la casa para no matar una mosca.

¿Qué si he cambiado? Ni lo preguntes. Ando tratando de conocer mi ciudad que pisé durante tantos años por el grasoso hormigón, resbaladizo para el que se enreda en diptongos y triptongos de su tartamudo pensamiento. Tantos años en la idea y, ya ves, apenas se hizo llanto. Porque primero fue obrar y luego pensar aún está la idea mutilada. Ahora me he sentado patas arriba en la acera, esperando al toro sin vestirme de luces. Una clepsidra me mide los errores y si miro al lago no hay sino el rostro de una mujer fea. Así, bastante cómodo, espero a mi hermano, aquél que me decía —tantos lo han repetido— que le dolía el mundo, que hacía frío o le gustaría volar en un avión de principio de siglo. Mi

hermano disfrazado de algo camina por los desiertos o las grandes ciudades, a ras de suelo o en los tejados. Hasta puede que acompañe a algún astronauta y sepa ya si las unidades de tiempo del año sidéreo son iguales a las del año solar, si es que, por supuesto, hay unidades de tiempo. Mi hermano es una fina película en el pasto y el viento puede traerle a la habitación donde me escondo o a la acera donde vivo. Puede incluso hacerle penetrar en la hemeroteca vestido de azul marino, de ese color azul que el mar nunca tiene. Azul marino o mahón es la bata del conserje, la chaqueta de la señorita —triumfante opositora a Archivos y Bibliotecas— y la encuadernación de muchos libros o sus pastas y el traje de los curas sin sotana que, al fondo, leen el periódico del día. Azul marino conjunta con gris. Por tradición familiar y conventual, puesto que parece que estás aquí, comeremos el domingo paella. Entraremos en un restaurante económico y allí estará sin duda el señor de tez marronea que ayer pedía limosna en la esquina de Claudio Coello y gustaba. Con su melena enredada, encanecida, parecía lo suficientemente literario como prototipo o arquetipo del hombre miserable que piden para la redacción del tema cuarenta y cinco y que los alumnos no tienen imaginación para inventar. El, sí, convierte el cubierto de la casa en faisán a la uva, salsa de zumo de uva, unos granos del fruto alrededor del faisán para adornarlo. Y de postre, dos postres. Un platillo volante de chocolate, fresa y flan y un sputnik: barquillo largo, flan, nata, kirsh, piña... y a subir. Por la tarde, como espectáculo, asistirá a una conferencia, se sentará en el centro del salón, las primeras filas están ocupadas por los representantes de la cultura de la ciudad. No es verdad que dormite, hizo ya la digestión, pero cierra los ojos ante el tamaño desigual de las cuartillas, las repetidas consultas al reloj, la jarra del agua que se utiliza por necesidad o para salir de la monotonía. Y después dormirá sin ver el programa de televisión, tras un paseo por las calles en busca de “Tarzán”. El perro olisquea las basuras de recogida nocturna, el arquetipo se ríe cada vez que cepilla a mano la huella de sus patas embarradas, ¿qué es un perro sin saltos alrededor del hombre? Y juega el hombre a meterse en un patio mientras “Tarzán” camina delante, baja el rabo, se entristece por el juego que no ha inventado, y, al fin, le busca y se hace una pelota al encontrarle, gira alrededor de su centro hasta morderse el rabo. Hombre y perro hacen su “show” de todas las tardes.

Camote que eres un camote, que no comprendes nada. Todo antes que regresar dormido en el tranvía sobre la novela de tiros, como esos trabajadores de jornada continua y horas extraordinarias. Que no, hombre, que ya tienen televisión y frigorífico y su pequeño coche para jugar a ricos los domingos. Y tú que antes acudías a las pastillas de meprobramato o te aliabas con un indio para que te disparase al riñón una pequeña flecha con su buca carga de dinamita. Bestia, que cres un bestia, hermano.

Ríspido, lobizón, todo por no creerte lo de las frustraciones y el alienamiento. Primitivo, casi salvaje, éso es lo que eres. Una silueta de ti mismo para los otros. Amasado en sueños que no revelas porque los demás te exigen sólo vivir. Para no someterte montas tu propio viacrucis, haces penitencia a tu manera comiendo piedrecitas ulcerosas, arrancán-

dote sin pinzas las larvas de las heridas y eres incapaz de admitir que te falta el amor de una señorita más o menos cursi o nada cursi, que no sepa nada o lo sepa todo sobre Gabriel Audisio o Claude de Fréminville, porque de ti te llegará lo que tú quieras o ni aún éso si lo sabes disimular. Le contarías historias, las que vamos amontonando de los seres que nos tropezamos envueltos en papel de celofán de colores distintos. Tú me entiendes, las de éstos y las de los que no vemos. Intenta: escasez de pan, leche, cortes de luz, cierre de comunicaciones. Aquí no, ya. Los cofrades desfilan sin María Santísima de Gracia porque los portadores se declaran incapaces de llevarla sobre sus hombros. El pluriempleo es tan injusto como el afeitado de los toros. Treinta y tres, ese número que los doctores te hacen repetir para comprobar la salud de los pulmones, se pronuncian “contra la resignación reinante en la Iglesia”. Aquí no. Ya. Se abre unos días el muro de Berlín. La selva se estremece. Vigilas tu soledad y brincas de luz a luz alejándote de la sombra de la sumisión.

Tumbado en la acera patas arriba, ya lo dije, espero hasta tener energía para redescubrir mi ciudad. Nadie me habló hasta ahora ¿lo advertiste? Para llegar a estas palabras fue necesario tener un nombre. Ahora que lo he perdido me siento empapado como de regreso de los juegos de mi infancia los días de lluvia. Estólido, oigo que me gritas. Es tu turno. Antes de discutir, sin fuerza para ello, déjame, ahora que voy a leer porque conseguí mi tiempo, déjame que no empiece por el Dante. Alfonso Quijada Urías va a agradecerme que repita su frase, o tal vez no: sólo los idiotas son libres. Tú vas a comprender porque no quiero que me digas, hermano, que soy un demente genial. No, simplemente un idiota que se alza de la acera y empieza a caminar. El asfalto ya no está grasiento, espero no resbalar.

Despídeme con un ramo de meliloto. Sabes que estas cosas me gustan. Qué le vamos a hacer.